

Sant'Egidio: Amigos de Dios y de los pobres

TÍSCAR ESPIGARES PINILLA
Comunidad de Sant'Egidio

Síntesis del artículo

La autora, responsable de la Comunidad de Sant'Egidio Madrid [<https://www.santegidiomadrid.org/>], narra la historia y carisma de esta comunidad nacida en Roma en 1968. La unión entre espiritualidad (oración) y acción social (pobres, paz) es su característica fundamental. Sant'Egidio es un ejemplo práctico y real de aplicación de la Doctrina Social de la Iglesia.

#PALABRAS CLAVE: Sant'Egidio, Evangelio, pobreza, justicia, paz, refugiados, Doctrina Social de la Iglesia.

Abstract

The author, responsible for the Community of Sant'Egidio Madrid [<https://www.santegidiomadrid.org/>], tells the story and charism of this community born in Rome in 1968. The union between spirituality (prayer) and social action (poors, peace) is its fundamental characteristic. Sant'Egidio is a practical and real example of application of the Social Doctrine of the Church.

#KEYWORDS: Sant'Egidio, Gospel, poverty, justice, peace, refugees, Social Doctrine of the Church.

1 Una síntesis entre «espiritualidad» y «acción social»

Se lee en el punto 67 del Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI): *“La doctrina social «tiene de por sí el valor de un instrumento de evangelización» y se desarrolla en el encuentro siempre renovado entre el mensaje evangélico y la historia humana. Así entendida, esta doctrina es un camino peculiar para el ejercicio del ministerio de la Palabra y de la función profética de la Iglesia”*¹.

Este pequeño párrafo contiene una gran orientación para la vida de cualquier comunidad cristiana: promover un *“encuentro siempre renovado entre el mensaje evangélico y la historia humana”*, en otras palabras, conseguir que el Evangelio sea auténtica “buena noticia” para los hombres y las mujeres de toda generación. Igual que el “Verbo” se encarnó en la Palestina de hace dos mil años, adoptando la lengua, la cultura y las costumbres de entonces, lo mismo debe suceder cada vez que leemos la Escritura. No es lo mismo leerla ahora que después, ni leerla aquí o en otro lugar, o hacerlo hoy o mañana. Aunque el texto bíblico

¹ Pontificio Consejo «Justicia y Paz» 2005. Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, 67. Libreria Editrice Vaticana.



no cambie, siempre ofrece un mensaje nuevo que suscita respuestas nuevas para cada contexto y situación. El teólogo protestante Karl Barth lo expresó con su célebre frase: “*un cristiano debería tener la Biblia en una mano y el periódico en la otra*”. Precisamente el mismo año en que moría Karl Barth, 1968, nacia en Roma la Comunidad de Sant’Egidio.

1.1 Los primeros pasos

Sant’Egidio nace en el clima del post-concilio y en el ámbito universitario, por tanto, en un clima de fuerte efervescencia social, de grandes deseos de cambios y de autenticidad, especialmente en el mundo juvenil. Era el ambiente de la revuelta estudiantil inclinada a la política marxista, un período de primacía de la política. En este contexto, Sant’Egidio descubrió la primacía del Evangelio en todas sus dimensiones. Los padres del Concilio animaban a los jóvenes así: «*os exhortamos a ensanchar vuestros corazones a las dimen-*

siones del mundo, a escuchar la llamada de vuestros hermanos y a poner ardorosamente a su servicio vuestras energías. Luchad contra todo egoísmo. Negaos a dar libre curso a los instintos de violencia y de odio, que engendran las guerras y su cortejo de males. Sed generosos, puros, respetuosos, sinceros. Y edificad con entusiasmo un mundo mejor que el de vuestros mayores»². En este contexto, *Andrea Riccardi*, entonces joven estudiante de bachiller, funda Sant’Egidio con el profundo convencimiento de que sólo hombres y mujeres nuevos pueden hacer un mundo nuevo, y de que el Evangelio es la Palabra que puede renovar a los hombres y las mujeres desde el corazón. Era el comienzo de un camino en el que la Palabra de Dios ha sido y sigue siendo la lámpara para nuestros pasos, tal y como lo expresa el Salmo 118.

² Mensaje del Concilio Vaticano II a los jóvenes. 7 de diciembre de 1965.

Para un miembro de Sant'Egidio, no se puede concebir la acción "social" separada de la acción "espiritual", tal y como la cercanía de la parábola del buen samaritano y del episodio de Marta y María en el Evangelio de Lucas (Lc 10,25-42) parecen indicar. Es decir, solo quien -como María- sabe permanecer a los pies de Jesús escuchando su Palabra, será capaz de reaccionar como ese buen samaritano que se detuvo en su camino para socorrer al hombre que yacía medio muerto. Parafraseando a Karl Barth, creemos que el cristiano debe tener en las manos la Biblia y el periódico, pero además debe estar cerca de los pobres. Quien está cerca de los pobres, está cerca de Dios. Como decía Monseñor Romero: "*Hay un criterio para saber si Dios está cerca de nosotros o está lejos... todo aquel que se preocupa del hambriento, del desnudo, del pobre, del desaparecido, del torturado, del prisionero, de toda esa carne que sufre, tiene cerca a Dios*"³.

1.2 Los pobres, corazón de la Iglesia

Además de una brújula verdadera que orienta hacia Dios, los pobres son criterio de verdad, es decir, en este tiempo de bulos, "fake news" o posverdades, el contacto con los pobres es siempre un vínculo que inequívocamente nos pone en contacto con la realidad tal y como es.

Por este motivo, en cualquiera de los más de 70 países donde hoy está presente la Comunidad de Sant'Egidio se vive una amistad y un servicio concreto a los pobres del lugar, teniendo presente que la pobreza tiene multitud de rostros: ancianos, niños, personas sin hogar, presos, enfermos de SIDA, refugiados y migrantes, etc. Este servicio a los pobres siempre es gratuito y crea una familiaridad que supera las barreras humanas, ya que hunde sus raíces en la descripción de la

vida de la primera comunidad cristiana que hace el libro de los Hechos de los Apóstoles (4,32-35). En esta primera comunidad el servicio a los pobres, el compartir los bienes con los que no tenían nada, era parte fundamental de la vida cotidiana. Los pobres no eran "reenviados" a otras instituciones de caridad, sino que formaban parte de la comunidad.

Desde nuestra experiencia creemos que los pobres no pueden ser jamás una mera actividad de la Iglesia, o algo relegado a algunos "profesionales", a determinadas instituciones "especializadas" o a ciertos miembros de la comunidad, sino que los pobres son parte constitutiva de la comunidad cristiana. El Papa Juan XXIII lo explicó muy bien en el radiomensaje pronunciado un mes antes del inicio del Concilio Vaticano II: "*la Iglesia se presenta como es y como quiere ser, como Iglesia de todos, en particular como la Iglesia de los pobres*"⁴. Es por ello que sentimos que los pobres son el corazón de la Iglesia, y, en consecuencia, su lugar es el centro de la Iglesia, el corazón de todas sus acciones. Así, un rasgo fundamental de la relación con los pobres de cualquier miembro de Sant'Egidio es que debe ser personal. Jesús no delegaba en otros o "derivaba" a los pobres que encontraba, sino que hablaba con ellos, los consolaba y los curaba. El cristiano está invitado a convertirse, misteriosa pero profundamente, en amigo de los débiles y de los pobres. Para un cristiano, la relación con los débiles no es algo que compete sólo a obras o instituciones, sino que debe ser un pasaje personal y concreto de la vida. Muchas veces, sin el apoyo de la fe no se consigue permanecer por largo tiempo cerca de los débiles, y acabamos alejándonos de ellos o bien convirtiéndolos en una mera categoría sociológica. Es un riesgo del que ya advierte el Papa Francisco en su exhortación apostólica *Gaudete et exultate*: "*los cristianos que*

³ Óscar Arnulfo Romero. Homilía del 5 de febrero 1978 ciclo A.

⁴ Juan XXIII. Radiomensaje un mes antes de la apertura del Concilio Vaticano II. Martes, 11 de septiembre de 1962.

*separan estas exigencias del Evangelio de su relación personal con el Señor, de la unión interior con él, de la gracia. Así se convierte al cristianismo en una especie de ONG*⁵.

1.3 Pobres y Eucaristía

En este sentido, sentimos que hoy existe una profunda necesidad de renovar la relación con los pobres para revitalizar un cristianismo que quizá se ha desvanecido en parte por el “divorcio” que se ha producido entre el “sacramento del altar” y el “sacramento del pobre”, como lo expresaba Olivier Clément⁶. El hecho de haber delegado preferentemente la denominada “acción social” de la Iglesia a ciertas instituciones más especializadas ha conducido a un alejamiento entre el compromiso con los pobres y el corazón de la vida eclesial, cuyo centro es la eucaristía. El padre Congar, gran protagonista del Concilio Vaticano II, lo expresó con gran nitidez: “*La atención hacia los pobres, los desarraigados, los débiles, los humildes y los oprimidos es una obligación que tiene sus raíces en el mismo corazón del cristianismo entendido como comunión. No puede existir comunidad cristiana sin diaconía, es decir, servicio de caridad, que a su vez no puede existir sin celebración de la eucaristía. Las tres realidades están unidas entre ellas: comunidad, eucaristía y diaconía de los pobres y de los humildes. La experiencia demuestra que viven o mueren juntas*”⁷.

El servicio de la Iglesia a los pobres no puede perder ese arraigo profundo y fuerte en la comunidad y en la eucaristía. Esta desconexión ha provocado que los pobres se conviertan muchas veces en una categoría, que hablemos de ellos con el lenguaje de la sociología o bien que la “opción preferencial por

los pobres” se haya convertido en un slogan más que en una realidad. Como recuerda el Papa Francisco: “*Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica*”⁸.

Posiblemente, es por haber hecho de la opción por los pobres una categoría sociológica que, desafortunadamente, muchas veces en la Iglesia se habla más “de” los pobres que “con” los pobres, y cuando se habla con ellos frecuentemente se utiliza el lenguaje del trabajo social, asimilándonos a cualquier ONG. Pero, como ya indicaba el Papa Benedicto XVI en su encíclica *Deus caritas est*: “*La fuerza del cristianismo se extiende mucho más allá de las fronteras de la fe cristiana. Por tanto, es muy importante que la actividad caritativa de la Iglesia mantenga todo su esplendor y no se diluya en una organización asistencial genérica, convirtiéndose simplemente en una de sus variantes*”⁹.

No podemos expulsar de la espiritualidad el contacto personal y amigable, con los pobres. Pero tampoco los pobres son una simple “actividad” de nuestra vida de fe, como una “práctica” o un “voluntariado”. Si los cristianos estamos con los pobres no debería ser sólo por simple justicia social o altruismo, sino sobre todo porque creemos en la Resurrección, en la posibilidad real de transformar la vida y la situación de las personas con la fuerza y la inteligencia que da el amor. El propio compendio de la DSI así lo indica: “*La doctrina social de la Iglesia quiere ofrecer las respuestas que los signos de los tiempos reclaman, indicando ante todo en el amor recíproco entre los hombres, bajo la mirada de Dios, el instrumento más poderoso de cambio, en el ambiente personal y social*”¹⁰.

⁵ Papa Francisco. 2018. *Gaudete et exsultate*, 100.

⁶ Clément, O. 1979. *La révolte de l'Esprit*. Stock, París, 442 p.

⁷ Cf. Riccardi, A. 2004. *Dios no tiene miedo*. San Pablo, Madrid, p. 113.

⁸ Papa Francisco. 2013. *Evangelii Gaudium*, 198.

⁹ Benedicto XVI. 2005. *Deus Caritas est*. 31. Libreria Editrice Vaticana.

¹⁰ Pontificio Consejo «Justicia y Paz». 2005. *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, 55. Libreria Editrice Vaticana.

2 Partir de los pobres para cambiar el mundo

¿Por dónde empezar en la entusiastamente aventura de cambiar el mundo? El Papa Francisco ofrece una clara indicación en su exhortación apostólica *Gaudete et exultate*: “En medio de la tupida selva de preceptos y prescripciones, Jesús abre una brecha que permite distinguir dos rostros, el del Padre y el del hermano. No nos entrega dos fórmulas o dos preceptos más. Nos entrega dos rostros, o mejor, uno solo, el de Dios que se refleja en muchos. Porque en cada hermano, especialmente en el más pequeño, frágil, indefenso y necesitado, está presente la imagen misma de Dios. [...] ¿Qué riquezas son las que no desaparecen? Sin duda, dos: El Señor y el prójimo. Estas dos riquezas no desaparecen”¹¹.

2.1 El rostro de Dios

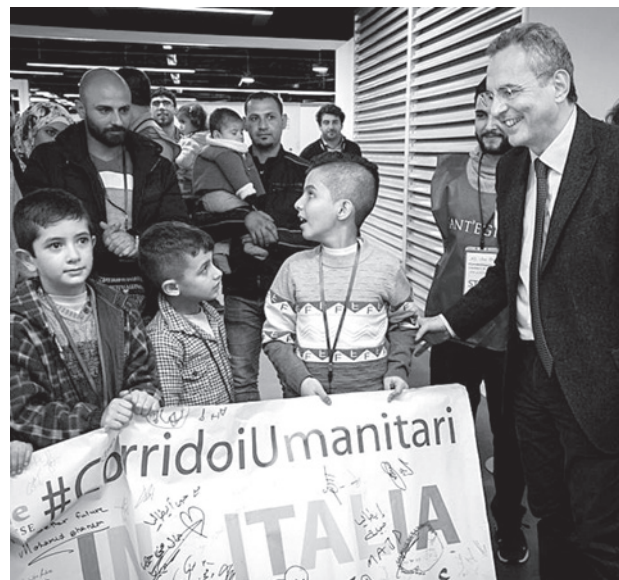
Hay dos rostros que buscar en la vida, cada día, el rostro de Dios que se nos revela en el Evangelio, en la persona de Jesús, pero también en el rostro de los más débiles de nuestra sociedad.

Reconocer a Dios en el rostro del hermano más frágil cambia radicalmente la perspectiva, ya no se trata de mero altruismo, que, antes o después siempre se topa con el muro de lo imposible, con el “ya no se puede hacer nada”. El Papa Francisco utiliza una expresión muy bella en este sentido: “Pidamos el valor apostólico de comunicar el Evangelio a los demás y de renunciar a hacer de nuestra vida cristiana un museo de recuerdos. En todo caso, dejemos que el Espíritu Santo nos haga contemplar la historia en la clave de Jesús resucitado”¹². Los pobres nos ayudan a contemplar la historia en clave de Jesús resuci-

tado. Su dolor nos “fuerza” a vislumbrar desde hoy un mundo transfigurado. La amistad con ellos nos hace comprender que tener fe es también una responsabilidad, que nos empuja a cambiar el mundo creyendo en la resurrección de sus vidas.

Y precisamente porque creemos en la resurrección, el amor cristiano no tiene fronteras, no acepta los límites de lo que se considera imposible, la resignación que hace claudicar y renunciar a la posibilidad de cambiar las cosas. Es lo que nos enseña el Evangelio de la resurrección a través de las mujeres que fueron al sepulcro muy de mañana el primer día de la semana: objetivamente no tenían nada que esperar, no se podía hacer nada por Jesús, había muerto y una piedra pesada tapaba la entrada del sepulcro. Aún así aquellas mujeres acudieron al sepulcro, no desistieron de realizar un gesto de piedad hacia el cuerpo de Jesús, y de este modo fueron las primeras en recibir el anuncio de la resurrección (Mt 28,1-7, Mc 16,1-6, Lc 24,1-6).

Hay una profundidad del amor cristiano que lleva a realizar gestos únicos, a veces incluso gestos que pueden parecer inútiles para la mentalidad de quien sólo confía en la fuerza de sus manos, pero que pueden abrir la puerta para encontrar respuestas mucho más allá



¹¹ Papa Francisco. 2018. *Gaudete et exultate*, 61.

¹² Papa Francisco. 2018. *Gaudete et exultate*, 139.

de las que normalmente encontraríamos. En este sentido, la oración no es el último recurso, al que se recurre cuando pensamos que ya no se puede hacer humanamente nada más. Al contrario, la oración es la primera obra porque siempre se puede hacer y porque escuchar el Evangelio dilata nuestro corazón, nos permite abrazar situaciones que con nuestras manos no podemos alcanzar, y abre nuestra inteligencia hasta el punto de concebir respuestas antes inimaginables.

“Oración, pobres y paz”: con estas tres palabras el Papa Francisco sintetizó la vida de la Comunidad de Sant’Egidio en su visita a la misma el 15 de junio de 2014 en la basílica de Santa María en Trastevere, en Roma. Allí se encontró con miles de jóvenes, adultos y ancianos de toda situación social que constituyen el pueblo de Sant’Egidio. En su saludo a la Comunidad, el Papa Francisco indicó también un estilo de trabajo y una meta para el futuro: *“Caminando así ayudáis a que crezca la compasión en el corazón de la sociedad -que es la verdadera revolución, la de la compasión y la ternura-, ayudáis a que crezca la amistad en lugar de los fantasmas de la enemistad y de la indiferencia”*.

2.2 Imposible separar pobres y Evangelio

Los pobres y el Evangelio son dos realidades imposibles de separar en la espiritualidad de Sant’Egidio. Es más, los pobres nos enseñan muchas veces a comprender el Evangelio. ¿Qué mejor “catequesis” sobre la resurrección que escuchar de labios de una persona sin hogar que cada día que te encuentra es para él el día de la resurrección? El Evangelio se entiende mejor -si no únicamente- junto a los pobres. Es más, los pobres alimentan nuestra fe, alimentan nuestra oración, y nos ayudan a tener más fe. Hay una íntima relación entre los pobres y la centralidad de la Palabra de Dios. No es casualidad que las dos nuevas fiestas instauradas por el Papa Francisco con-

verjan en este punto: la fiesta de la Palabra de Dios¹³ y la Jornada Mundial de los pobres.

Los pobres no son los “beneficiarios” de la comunidad cristiana, sino hermanos de la comunidad de pleno derecho. Esto hunde sus raíces en la descripción de la vida de la primera comunidad cristiana que hace el libro de los Hechos de los Apóstoles, siendo paradigmático el episodio de la curación del tullido de nacimiento que pedía limosna ante la puerta Hermosa del Templo (Hch 3,1-10): *“Al instante -se lee al final del pasaje- sus pies y tobillos cobraron fuerza y de un salto se puso en pie y andaba. Entró con ellos en el Templo andando, saltando y alabando a Dios”*. Aquel hombre que, como mucho, esperaba alguna que otra moneda, se encontró curado de aquella enfermedad que le mantenía postrado en el suelo. A continuación, Pedro y Juan entraron en el templo junto al hombre al que habían curado para dar gracias a Dios. Podríamos decir que este pasaje es un modelo de la relación que toda comunidad cristiana está llamada a vivir con los pobres, que no se ciñe a remediar las necesidades materiales sino que culmina dando gracias a Dios. La amistad con los pobres es una garantía de la universalidad de la comunidad cristiana, que no está ceñida a ningún grupo cerrado, y que da así testimonio de la unidad de destino de la familia humana, tal y como la DSI enseña: *“La humanidad comprende cada vez con mayor claridad que se halla ligada por un destino único que exige asumir la responsabilidad en común, inspirada por un humanismo integral y solidario”*¹⁴.

¹³ “Sería oportuno que cada comunidad, en un domingo del Año litúrgico, renovase su compromiso en favor de la difusión, el conocimiento y la profundización de la Sagrada Escritura: un domingo dedicado enteramente a la Palabra de Dios para comprender la inagotable riqueza que proviene de ese diálogo constante de Dios con su pueblo”, *Misericordia et misera*, p. 7.

¹⁴ Pontificio Consejo «Justicia y Paz». 2005. Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, 6. Libreria Editrice Vaticana.

3 Anuncio profético por encima de la denuncia profética

El compendio de la DSI reza así: *“El compromiso pastoral se desarrolla en una doble dirección: de anuncio del fundamento cristiano de los derechos del hombre y de denuncia de las violaciones de estos derechos. En todo caso, «el anuncio es siempre más importante que la denuncia, y esta no puede prescindir de aquél, que le brinda su verdadera consistencia y la fuerza de su motivación más alta»*¹⁵.

Se trata de una indicación fundamental en estos tiempos donde abundan las protestas pero en los que falta imaginación o creatividad para proponer alternativas. Hace falta abrir caminos, ser proféticos, dar respuestas y no sólo denunciar... Es mucho más fácil denunciar lo que va mal que anunciar buenas noticias... Hace falta proponer una cultura diferente al individualismo y consumismo actuales. No basta con quejarse, no basta con denunciar lo que no nos gusta, tenemos la responsabilidad de abrir nuevos caminos, de realizar gestos proféticos que permitan ver que es posible otro mundo, otra sociedad.

3.1 Navidad con sabor a Evangelio

Por ejemplo, es cada vez mayor el número de personas que se lamentan de que la Navidad ha perdido su sentido auténtico, convirtiéndose en una mera fiesta del consumo. Desde hace muchos años, la Comunidad de Sant'Egidio celebra la Navidad con todos sus amigos que viven en la soledad o en la dificultad. Miles de personas se reúnen el día de Navidad para vivir esta fiesta de familia. Esta pasada Navidad más de 240000 personas se han sentado a la mesa en las más de 1500 comidas que se han celebrado en 80 países

del mundo. Es muy significativo que cada vez un número mayor de personas, incluso familias enteras, se unen este día para ayudar, para servir, para vivir una Navidad con “sabor a Evangelio”: donde los pobres son acogidos y donde una felicidad auténtica se refleja en cada rostro. De este modo, se realiza un pesebre viviente, un icono de un mundo transfigurado que todos pueden contemplar.

3.2 El drama de los refugiados y los corredores humanitarios

Es fundamental no perder la función profética de la Iglesia, abriendo puentes y nuevos caminos que den respuesta a los desafíos que se presentan en cada momento de la historia. En este sentido, es obligado mencionar en este contexto el que sin duda constituye hoy uno de los mayores retos para nuestra sociedad, me refiero al desafío de los refugiados y los migrantes.



¹⁵ Pontificio Consejo «Justicia y Paz». 2005. Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, 159. Libreria Editrice Vaticana.

Todos hemos visto las imágenes de los refugiados que llaman a las puertas de Europa. Ante nuestros ojos han desfilado desde hace años las imágenes de hombres, mujeres, niños y ancianos que huyen de la guerra, que escapan de sus casas y sus ciudades destruidas por los bombardeos recorriendo caminos llenos de barro hasta darse de bruces contra un muro, personas que se juegan la vida en el mar con tal de llegar a un puerto seguro, porque a veces el mar es más seguro que la tierra firme... Sus imágenes se han colado en nuestras vidas a través de la televisión, atravesando de ese modo los muros de protección y de distancia que nos rodean, aunque siempre por un espacio de tiempo demasiado breve. Pero muchos no llegan, se pierden en el mar, como el pequeño Aylan Kurdi, que murió en el silencio frío del mar el 2 de septiembre de 2015, frente a las costas de Turquía. A día de hoy el mar Mediterráneo constituye la frontera

más peligrosa del mundo. De alguna manera, nos encontramos ante un nuevo genocidio, pero esta vez televisado, bien retransmitido por los medios de comunicación.

Sin duda, la denominada "crisis de los refugiados" es el mayor desafío que desde los últimos años se plantea a nuestra Europa y en general a todo Occidente. El número de refugiados ha superado al de los tiempos de la segunda guerra mundial. No en vano el Papa Francisco habla de la situación del mundo como de una tercera guerra mundial que se libra "a pedazos".

¿Cómo responder a este gran desafío? Es una gran cuestión, sobre todo teniendo en cuenta que ni siquiera una institución de la envergadura de la Unión Europea ha sabido estar a la altura, sino que mira para otro lado mientras discute sobre cuotas o sobre qué puerto permitirá que atraquen los barcos que se ocupan de salvar la vida de las personas en medio del mar.

Ante problemas globales se requieren soluciones globales, y estas demandan la implicación de todos los actores de la sociedad, no sólo de los gobiernos sino también del conjunto de la sociedad civil. Este es el caso de los corredores humanitarios, promovidos por la Comunidad de Sant'Egidio en diferentes países europeos. Estos corredores son un proyecto pionero por el que se han abierto puentes seguros para que los refugiados puedan llegar a Europa de forma legal y sin poner en riesgo su vida, mediante la concesión de visados humanitarios a personas en situación de vulnerabilidad (víctimas de persecuciones, de tortura y violencia y a familias con menores, ancianos, enfermos o minusválidos) procedentes de campos de refugiados en Líbano, Marruecos y Etiopía. Los corredores humanitarios son el fruto de una colaboración ecuménica entre cristianos católicos y protestantes que se han unido para llevar a cabo este pro-



yecto humanitario, primeramente en Italia y después en Francia, Bélgica y Andorra. La iniciativa se financia por completo con las aportaciones de las organizaciones promotoras y otras colectas de fondos, no representando ninguna carga para el Estado y garantizando la plena integración de las personas en los países de acogida puesto que el proyecto no está sujeto a ningún tipo de plazos.

Como dato orientativo, a Italia -donde llegó el primer corredor humanitario en febrero de 2016- ya han llegado 1975 personas, más que las que han llegado oficialmente a ese país a través del programa de reasentamientos promovidos por la UE. En realidad, más que un "proyecto" al uso, los corredores humanitarios son un "signo", una "visión" de esperanza para una Europa que, como decía Juan Pablo II: "hoy sufre por falta de visiones". Los corredores humanitarios son una respuesta profética para una Europa que no sabe ver mucho más allá de los muros.

4 Pasando el testigo a las nuevas generaciones

Nuestro "hoy" es un tiempo gris, un tiempo donde faltan sueños, donde casi todos se han resignado por el peso de una larga crisis económica que no sólo ha afectado al capital monetario de las personas, sino también al capital de esperanza. Sí, hoy pocos tienen la idea de un futuro esperanzador, y en esto los jóvenes son especialmente las principales víctimas, constantemente bombardeados por el mensaje de que el futuro que les espera es cuanto menos sombrío, de que serán la primera generación que vivirá con más dificultad que sus padres y otros mensajes similares. En un reciente libro Mohammad Yunus¹⁶, Premio Nobel de la Paz, escribe:

"Uno de los problemas esenciales del sistema económico existente lo constituyen las asunciones y las actitudes que inculcamos a los jóvenes durante su educación. Educamos a nuestros hijos en la creencia de que su vida comienza con el trabajo. Sin trabajo no hay vida; les enviamos alto y claro este mensaje desde todos los ámbitos: la familia, la escuela, los medios de comunicación, los debates políticos, desde todas partes... Les enseñamos que cualesquiera otras motivaciones, incluidos los deseos altruistas como el impulso de ayudar a los demás y de hacer del mundo un lugar mejor, tienen una importancia secundaria y han de perseguirse únicamente en el "tiempo libre" o de "devolverse" como una suerte de reembolso".

Relegar los sueños del Evangelio a un segundo plano, al tiempo libre, o hablar del Evangelio como si fuera una especie de balance económico donde se contraponen el "debe" y el "haber", es incompatible con el entusiasmo de quien encuentra a Jesús y decide apostar por su forma de vida. En nuestra sociedad se fomenta todo lo remunerado, y hasta la solidaridad se puede convertir en un negocio. La cultura de lo gratuito reintroduce lo humano en el corazón de las personas. Dar un barniz académico al tiempo que se dedica a los desfavorecidos impide que nazca la compasión ante el hombre medio muerto que encontramos en el camino de la vida. Peor aún, condena la relación con el pobre a una mera dimensión vivida en "créditos" evaluables sin soñar con una amistad duradera.

La Iglesia custodia un tesoro de esperanza que es urgente comunicar: que el mundo puede cambiar, que se puede modificar el rumbo de la historia precisamente a partir del amor a los pobres, y que la amistad con el pobre puede cambiar la vida propia dándole un sentido nuevo, pues Jesús se ha identificado con todos los que necesitan incluso algo tan sencillo como un vaso de agua.

¹⁶ **Muhammad Yunus.** 2018. Un mundo de tres ceros. Paidós. P.151-152.



En Sant'Egidio, la manera de comunicar este estilo de vida cristiana a los jóvenes es comenzar desde el principio este camino de escucha del Evangelio y servicio a los pobres. Muchas veces en la Iglesia los jóvenes son relegados a un casi constante "periodo de formación" que hace que nunca sean realmente responsables de nada, y como mucho sean ayudantes de adultos que ya saben cómo proceder. No creemos en esos periodos largos de formación, como si hubiese que hacer un curso en donde te dan respuestas a todas las posibles preguntas que te puedan surgir. En este sentido, la vida de los pobres y el Evangelio son la mejor escuela, que nos pide encontrar respuestas a las preguntas concretas que nos plantea la realidad. Recordemos lo que dijo Jesús a aquellos primeros discípulos del Bautista que le preguntaron: "¿Dónde vives?". Él les respondió: "Venid y veréis" (Jn 1,37-39). No les invitó a hacer ningún cursillo previo, sino simplemente a que le siguieran y estuvieran con él.

Este es el camino que en Sant'Egidio se propone a todo el que se acerca: la escucha del Evangelio, fuente inagotable de sueños y visiones de paz para el mundo, y una amistad concreta con los pobres que invita a la fidelidad y a la responsabilidad. La vida es la gran escuela, y la vida cristiana no consiste en acumular conocimientos, por muy religiosos que sean.

La vida cristiana es, ante todo, un camino de seguimiento y búsqueda del Señor. Es importante comunicar a los jóvenes desde el principio que la vida no es un juego, y que al final de nuestra vida habrá un juicio sobre lo que hemos hecho con los talentos que cada uno de nosotros teníamos. No será un examen final sobre una serie de conocimientos y conceptos, sino un rendir cuentas de lo que hemos hecho con nuestra vida. Es ese "protocolo" del que habla el Papa Francisco en la *Gaudete et exsultate*: "un protocolo sobre el cual seremos juzgados: «Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme» (25,35-36)"¹⁷.

Sí, ser cristianos es permanecer a lo largo de toda la vida en esta escuela que enseña a ser compañera de la humanidad, "participe de los gozos y de las esperanzas, de las angustias y de las tristezas de los hombres, solidaria con cada hombre y cada mujer, de cualquier lugar y de cualquier tiempo, y llevarles la alegre noticia del Reino de Dios"¹⁸.

TÍSCAR ESPIGARES PINILLA

¹⁷ Papa Francisco. 2018. *Gaudete et exsultate*, 95.

¹⁸ Pontificio Consejo «Justicia y Paz». 2005. Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, 60. Libreria Editrice Vaticana.